

CAPÍTULO XXVII

COOK.—EL MUNDO MARÍTIMO.

El inglés Jacobo Cook, abre la era de la navegación científica: habiendo conseguido por sus talentos e intrepidez salir de su humilde condición, fué elegido para mandar el barco mandado á otro hemisferio con objeto de observar el paso de Venus por el disco del sol. Aprovechándose en aquel momento los sabios de diferentes países, de que las antipatías nacionales y las guerras de los reyes dormían olvidadas, se habían concertado en interés pacífico de la ciencia, preparando con esmero y con actividad admirable los instrumentos y los cálculos. Marchó Cook acompañado de sabios de todas clases, tuvo que sufrir los nocturnos fríos de la estremidad del cabo de Hornos, y llegó á Taiti (1); isla descubierta por Quirós en 1606, visitada después por el inglés Waly y el francés Bougainville. Esta isla había sido designada como la más favorablemente situada para un observatorio. No menos hábil que experimentado, entabló Cook relaciones pacíficas con los naturales, y lo dispuso todo para una observación que hacía palpar á tantos corazones en todos los puntos de la tierra. Chappé fué á California, para rectificar las observaciones hechas en Siberia. Gentil se dirigió hácia las Indias, y bajo un cielo, en el que no se había presentado una nube hacia seis meses, vió al sol cubrirse repentinamente en el preciso momento del fenómeno, pero pronto volvió á aparecer más brillante, y un feliz éxito coronó aquella esperanza general.

Mientras que los demás contemplaban al cielo,

(1) Los indígenas, á quienes los primeros navegantes preguntaban cómo se llamaba su país, respondieron *O-Taiti*, ó de otra manera: *este es Taiti*. El uso hizo entonces prevalecer aquella denominación impropia de O-Taiti sobre la de Taiti.

Cook agrandó el conocimiento que se tenía de la tierra, descubriendo ó reconociendo diferentes islas en el mar del Sur. Alma de fuego en un cuerpo de hierro, atrevido en concebir, resuelto en ejecutar, perspicaz en encontrar espeditos, indomable en los reveses, reprimió las sublevaciones con una sangre fría imperiosa, próxima á la altivez. Conoció que el mal éxito de las expediciones anteriores procedía de la forma defectuosa de los barcos, demasiado grandes á la vez para abordar, y demasiado reducido para permitir largas navegaciones. Ocupóse, pues, en mejorarlos.

Encontró en Taiti pocas elevadas montañas, llanuras cubiertas de cocoteros, bananeros, moreras y cañas de azúcar, y playas llenas de pescado. Al paso que los habitantes de la mayor parte de aquellas islas eran pacíficos y civilizados, Cook encontró á los de la Nueva Zelanda feroces y caribes. El reconocimiento de aquella tierra, cuya vuelta dió, es el primer gran descubrimiento de Cook; y el sabio Dalrymple prestó grandes servicios allí, indicando continuamente los mejores espeditos que había que emplear.

Desde allí se dió á la vela para la Nueva Holanda (1770) que hallada en el siglo XVI, había caído en el olvido, hasta el punto de poder ser considerada entonces como un descubrimiento, y constituir un mundo enteramente nuevo. Prosiguió Cook su camino admirando las plantas y animales con un aspecto enteramente desusado. Atravesó el estrecho que separa aquel continente de la Nueva Guinea, descubierta desde 1666 por Torres, compañero de Quirós. Pero como él quería mantenerse siempre á la vista de la tierra, tocó en uno de los numerosos bancos de coral que cruzan la proximidad de las islas; é infaliblemente hubiera perecido, si las mismas ramas del coral no hubiesen tapado en parte la vía de agua que habían abierto

y la que ya entonces fué posible remediar. Después de haber tomado posesión de la Nueva Gales del Sur (12 de junio), volvió á su patria, habiendo dado la vuelta á la tierra en dos años y once meses, no sin haber perdido al volver por el escorbuto gran número de hombres. El célebre Banks, que le acompañaba, enriqueció la botánica con especies muy raras.

La idea de que la Nueva Zelanda formaba parte de una estensa tierra austral, se encontraba destruida por el reciente viaje de Cook: sin embargo, muchos navegantes persistían en creer en un continente meridional. Se decidió una expedición con el objeto de asegurarse de ello; y marchó Cook con la *Resolución* y la *Aventura* (13 de julio de 1772). Un interés general acompañaba á aquel viajero, como diputado por toda la Europa para llevar las artes á los bárbaros, y reparar con la ayuda del cristianismo los desafueros de Pizarro y de Valverde. Llevaba consigo á los afamados sabios Banks, Green, Sparrmann, Solander, Forster y Anderson, academia que se entregaba á sus trabajos en las dos fragatas. Encontraron masas de hielo de dos millas de estension y sesenta piés de altura, después otra masa continua y auroras boreales, y tuvieron la certidumbre de que allí no existía tierra, á menos que no fuese á una muy gran distancia, después de haber permanecido ciento diez y siete días en el mar sin haber visto la tierra más que una sola vez. Desembarcaron en la Nueva Zelanda carneros, cabras y hortalizas de Europa, con el objeto de dar á los naturales un testimonio de sus benévolas intenciones. De vuelta á Taiti, aprendió Cook á conocer mejor á los habitantes, asistió á sus representaciones dramáticas y se confirmó en la buena opinión que había concebido de los taitianos, á pesar de sus sacrificios humanos y de la barbarie de sus guerras.

Un grupo de cerca de cien islas que se prolonga en tres grados de latitud y dos de longitud, recibió de Cook el nombre de islas de los Amigos, por la benevolencia de los habitantes con respecto á los extranjeros y á él mismo. Están pobladas de naciones muy diversas, cuya metrópoli es Tonga, descubierta en 1643 por el holandés Tasman, y representada como un jardín de temperatura uniforme, susceptible del mas hermoso cultivo, si se encontrasen manantiales. Los indígenas reverencian á los dioses malignos, á quienes tratan de hacerlos propicios con encantos, y sacan presagios de los fenómenos celestes. Observan la prohibición del *tabu*. Su gran sacerdote *tui-tonga*, que pasa por descendiente de la sangre de los dioses, fué venerado al igual de U, es decir, del rey, y á veces ofrecen sacrificios humanos. Si se ha de creer á los viajeros, difieren mucho de los europeos, en la parte de tener horror á la maledicencia.

Continuó Cook serpenteando á través del archipiélago mal indicado por los viajeros anteriores, y que llamó las Nuevas Hébridas. Se adelantó des-

pués por otras, á las cuales dió el nombre de Sandwich, las más meridionales que se han visitado hasta ahora, cubiertas todas de hielo, que hicieron desvanecerse la idea de un continente austral. Después de haber corrido más de veinte mil leguas marinas más allá del cabo de Buena Esperanza, volvió á Inglaterra, de donde había estado ausente tres años y diez y ocho días (1775).

Estimulados por estos ejemplos, algunos franceses habían armado en Bengala (1769) dos barcos que, bajo el mando de Surville, exploraron los mares antárticos, y descubrieron allí el país de los Arsácidas; pero el capitán se ahogó. Otros franceses acudieron siguiendo sus huellas; pero el poco éxito y la gran mortandad que experimentaron, hicieron resaltar más el mérito de Cook que había sabido conservar su tripulación con buena salud.

Una vez desechada la idea de un gran continente austral, á menos de suponerle á tal altura que no habría nada que esperar de él, ni con respecto á colonias ni á riquezas de cualquiera clase, quedaba aun en duda si existía un paso al Noroeste, y el gobierno inglés decretó 20,000 libras esterlinas para el que lo encontrara (1776). Cook ofreció ir en su busca. Marchó, pues, con barcos cargados de ganado, con el objeto de enriquecer á las islas del Sur; y habiendo llegado de nuevo á aquel teatro antiguo de su gloria, dejó sus regalos á los admirados habitantes. Dedicándose entonces á la exploración de aquel paso, llegó á la estremidad más occidental del continente americano, separado apenas por trece leguas del Asia, y midió la anchura del estrecho de Behring.

Muerte de Cook.—Los hielos que sobrevinieron le obligaron á virar de bordo; y descendiendo desde el polo Artico por toda la longitud de la mitad del mundo hácia el polo Antártico, fué á visitar durante el invierno las islas de Sandwich, donde recibió la acogida más benévola; pero no pudo enfrenar la irresistible inclinación de aquel pueblo al robo. Precisado á actos de rigor, irritó á una parte de los habitantes que se rebelaron, le hirieron mortalmente y se encarnizaron sobre el cadáver de aquel que en otro tiempo era objeto de su amor y de su respeto.

Cook había sido muy poco favorecido en el resultado de sus viajes; porque ellos contestaron negativamente á dos cuestiones resueltas por la afirmativa en los descubrimientos posteriores; pero fué muy feliz por la fama que obtuvo. No es de todos modos que fuese inmerecida, porque exploró mayor estension de costas que cualquier navegante antes que él. La playa oriental de la Nueva Holanda no había sido recorrida por nadie; nadie había dado la vuelta á la Nueva Zelanda, considerada como un continente. Se le debe el conocimiento de la Nueva Caledonia y de la isla de Norfolk, como también el haber determinado las Hébridas y las islas de Sandwich, que estaban olvidadas. Aunque tales resultados estén lejos de ser tan brillantes como los de los primeros autores

de los descubrimientos, han resultado problemas importantes geográficos, tanto en estos parajes como en otros situados más al noroeste de la América. Cook determinó con una precisión hasta entonces desusada la situación de todos los lugares á donde arribó. Un mérito que le es particular es el atento cuidado por la salud de su tripulación en los viajes que le trasladaron dos ó tres veces desde la línea á los dos polos, y por él se ha conocido que el jugo de limón es un excelente preservativo contra las enfermedades que engendran una larga navegación. El mismo fabricó cerveza en la Nueva Zelanda, con corteza de pino; en las islas de la Sociedad saló la carne de cerdo por un nuevo método; detalles que da cuenta de sus sencillas relaciones que llevan el sello de la verdad. No había novela que pueda interesar tanto como semejantes relaciones, en que se ven precauciones por la salud de los marinos, la paciente habilidad que desplegó para amansar pueblos bárbaros, y la civilización europea que tomaba posesión de un mundo que se ensanchaba para recibir sus frutos. Su muerte en el campo de batalla hizo olvidar las faltas de que se le podían hacer cargo por el celo con que obedeció, cambiando el nombre de ciertas tierras descubiertas antes por los franceses y holandeses.

En este estado estalló la guerra entre Francia y la Inglaterra; pero aquella potencia había mandado á sus barcos respetar el de Cook; noble ejemplo de veneración tributado á la neutralidad de la ciencia que no fué imitado por los Estados-Unidos de América.

Clarke, que tomó el lugar de Cook, continuó el viaje de circunnavegación, durante el cual encontró que ciertas islas habían llegado á la guerra civil por disputarse cabras abandonadas por Cook, que concluían por destruir. Después de haber intentado en vano el paso al Norte, se decidió Clarke á volverse; pero murió en Kamtchatka, después de haber dado tres veces la vuelta al mundo. El naturalista Anderson había perecido también en aquella expedición.

Los nuevos zelandeses se habían hecho amar particularmente del capitán Cook como una nación generosa y rica en productos, lo cual estimuló al gobierno á fundar la colonia de Botany-Bay. El capitán Philips, mandado al efecto, encontró más oportuna la posición del puerto de Jackson (1783); y la colonia, aunque compuesta en su mayor parte de malhechores, no tardó en prosperar. Atrevidas exploraciones se hicieron desde allí á las costas contiguas, donde se formaron establecimientos que pudieron ofrecer agua, carbon, ensenadas y abundante caza de focas.

Oceanía. — Dirigióse la atención de esta manera sobre países que la Europa había olvidado durante dos siglos; y la quinta parte del mundo recibió el nombre de Oceanía (2), comprendiendo en ella el

(2) Walckenaer, en el *Mundo marítimo* (Paris, 1819),

continente de la Australia y las islas, lo cual dió un espacio de doscientos cuarenta grados, es decir, de dos terceras partes de la circunferencia de la tierra, con 500,000 leguas de tierra, pobladas por 25,000,000 de habitantes, desde la costa de Africa al Occidente hasta la de América al Oriente, y desde el polo austral hasta el continente asiático. Es una parte muy importante del globo, tanto para el estudio de la naturaleza como para el hombre. Todas las razas parecen haberse reunido allí, desde el blanquísimo albino hasta el negro, desde el gigante hasta el pigmeo; la sociedad patriarcal se mezcla á las tribus antropófagas, y las naciones de una civilización antigua, alternan con los pueblos aun en su infancia. La naturaleza, como para burlarse de la especie humana, ha colocado allí la clase de monos más inteligentes al lado de los hombres más estúpidos. Una risueña vegetación contrasta con la desolación del volcan; se encuentran, en fin, las especies de animales y vegetales más estraños. Un mar muy tranquilo agitado repentinamente por huracanes y trombas inevitables, templos anteriores á todo recuerdo, pequeñas islas sacadas ayer del seno del mar, en las que el lujoso verdor de las palmeras dará pronto sombra á la cabaña del salvaje, que, feliz con su desnudez, goza de las delicias de la naturaleza, cuya bondad tiñe la abundante pluma del ave del paraíso, y hace madurar el fruto del árbol del pan. Las formas de gobierno no ofrecen menos variedad: algunos no conocen más que la tribu, otros la monarquía; variedad aumentada por los pueblos de todo país que domina allí ó ha dominado, ingleses, portugueses, españoles, holandeses, norteamericanos y chinos.

Un fenómeno particular en aquel Océano es la fosforescencia de las olas, que á la caída del día, hacen producirse una nueva luz, brillante como lentejuelas de plata: tan pronto se las tomara por lava vomitada de un volcan, como por estrellas brillantes, redondas, angulosas, que se encienden, corren y deslizan perdiéndose en lontananza; ya forman guirnaldas, ya serpentean y brillan como centellas. A veces bancos de color de rosa, azul ú ópalo, se estienden por un centenar de millas; de aquí proceden los nombres de mar de Sangre, de mar de Leche, que los primeros navegantes les han dado. Los barcos dejan tras sí una brillante estela; todo lo que agita el viento y la misma agua conservada en las casas, produce estos rayos de luz, y se atribuyen á una multitud infinita de moluscos é infusorios de que cada gota está llena.

La naturaleza es aun más maravillosa, si es posible, al verla, por decirlo así, construir nuevas tierras. Corales y madreporas elevan desde el

quiere que se divida la tierra en tres mundos, el antiguo, el nuevo y el marítimo, que comprende la Australia, la Nueva Holanda con sus islas, el archipiélago Oriental y la Polinesia.

fondo del mar sus mil ramas, las enlazan de manera que forman un obstáculo insuperable hasta para las mismas fragatas, y forman unidas de esta manera una empalizada, erizada en derredor de un espacio de agua, que lleno pronto por los depósitos marinos y por otros pólipos, se convierte en una isla más ó menos grande. Todos los días se presentan otras nuevas; algunas se elevan ya á varios piés sobre el nivel del mar, cambiadas en un suelo fértil; otras apenas se muestran á flor de agua revestidas sólo con el gracioso follaje del pantano odorífero que ofrece á los naufragos lecho y alimento: éstas se ocultan como un lazo bajo las aguas; y aquéllas se elevan perpendicularmente desde el seno de los abismos á donde no llega la sonda. En otras partes estos arrecifes de coral forman bahías y ensenadas en derredor de las antiguas islas, y cierran las que existen, y tal vez llegará el tiempo en que tendiendo sus ramificaciones de isla á isla, formarán un vasto continente de aquel inmenso archipiélago.

Idiomas. — Desde el primer viaje á través del estrecho de Magallanes (1519), Pigafeta recogió diferentes palabras de los países que visitó, dando en esto un buen ejemplo á los que vinieron después de él. A mediados del siglo último, Forster trazó un pequeño cuadro comparativo de once dialectos oceánicos, en vista del malayo y de las lenguas de Chile, el Perú y Méjico, lo que hizo resaltar una gran analogía entre estas últimas y el malayo. Bougainville y Cook estendieron esta clase de estudios y los últimos viajes han convenido de que se encuentra en las islas de la Océania un sistema de lenguas unidas entre sí por numerosas afinidades, y que proceden de un mismo origen (3). Hay dos que prevalecen sobre las demás: el malayo y el javanés. Poyendo, como ya hemos visto, monumentos de una época ciertamente muy remota, una literatura rica y original, documentos históricos y restos notables de legislación, ofrecen preciosos indicios sobre el origen y las emigraciones de las naciones oceánicas. El malayo se habla en todo el mar de las Indias, desde el cabo de Buena Esperanza hasta la Nueva Guinea; y hasta en los mismos parajes donde no es de uso habitual, sirve, así como la lengua franca en Levante, de medio general de comunicación.

Los holandeses se habían dedicado á aprender el malayo para facilitar su comercio y ayudar á los progresos de las misiones. El francés Flaccourt

(3) Formosa y Malaca deben comprenderse en la Océania, según Urville, por el idioma. El célebre lingüista Bopp leyó, en diciembre de 1840, á la Academia de Berlin una profunda disertación, en la cual demuestra la concordancia de las lenguas malayas ó polinesias con los idiomas indoeuropeos con relación á los pronombres personales é indicativos. M. Gustavo Eichthal habló sobre el mismo asunto en la Academia de Ciencias morales de Paris, en marzo de 1844.

publicó con el mismo objeto un diccionario de la lengua de Madagascar. Los frailes españoles hicieron otro tanto en las islas Filipinas con profundas notas, á las cuales la creación de la lingüística ha dado un gran desarrollo en nuestro siglo. Entonces Marsden y Leyden se entregaron á trabajos dignos de elogios sobre el malayo; Crawford y Raffles los publicaron sobre el javanés, mostrando cuánta importancia ofrecían estos idiomas; en fin, los holandeses publicaron textos javaneses. Con respecto á las lenguas aun no escritas, Chamisso y el doctor Martin, metodistas ingleses, dieron alfabetos de las de Sandwich y Tonga; y los sabios que acompañaron á Dumont d'Urville, dieron á conocer la de la Nueva Holanda y la de la Tierra de Van-Diemen.

Parece resultar de estas comparaciones que la semejanza que se encuentra entre las varias lenguas oceánicas podría atribuirse á la existencia anterior de una lengua general que hubiera dejado huellas en países muy distantes el uno del otro; países cuyos idiomas ofrecen tantas relaciones como los dialectos de las provincias contiguas, al paso que los de las provincias intermedias difieren de ellos considerablemente. La lingüística pudo de esta manera unir á los pueblos entre los cuales no se conocía otro vínculo que el de la lengua, y cuya masa se ha estendido por noventa grados de longitud.

El más profundo orientalista de nuestra época, Guillermo de Humboldt, ha aumentado considerablemente los conocimientos con respecto á estas lenguas, y en su obra póstuma sobre el kawi, lengua litúrgica y literaria de los antiguos javaneses, busca las afinidades y sigue los desarrollos de todas las de la Océania, no para mostrar la fría y paciente curiosidad de un gramático, sino para perfeccionar la inteligencia de las formas del pensamiento y estender el conocimiento de los monumentos y tradiciones. Así como Guillermo Schlegel, que rivaliza con él en saber y sagacidad, no limitó la comparación de las lenguas á sólo las palabras, sino que, sin descuidar éstas, examinó las semejanzas gramaticales. Llegó de esta manera á constituir cinco grupos de lenguas: el malayo y el javanés, el idioma de las Célebes, el de Madagascar, el de las Filipinas y Formosa; en fin, el último, que comprende las lenguas de la Polinesia oriental, cuyos principales dialectos son los de las islas Tonga, Sandwich, la Nueva Zelanda y Taiti. Todos estos grupos se conforman á una ley única con adición de prefijos y afijos, es decir, modificando la idea capital por la unión de ciertas sílabas á la raíz, por medio de las cuales se convierte en verbo adjetivo, nombre abstracto ó nombre concreto. La afinidad se revela de una manera notable en la identidad de los pronombres personales, y se puede sacar, en consecuencia de ella, la unidad de raza de los pueblos oceánicos, cuyo idioma se modificaría en cinco variedades principales.

Razas.—En el primer grupo, comenzando por Levante, los *polinesios* propiamente dichos, de tez amarillenta, habitan al norte de las islas de Sandwich, al Sur en los archipiélagos de la Sociedad, de las Peligrosas, los Amigos, los Navegantes, Fitgis, la Nueva Zelanda, la Nueva Caledonia y las Hébridas. En el centro los *carolinos*, que residen en las islas Kingsmill y en las de los alrededores, como también las Carolinas propiamente dichas y las Marianas. Los *negros* de la Malesia ocupan la Nueva Guinea, el interior de Timor, Flores, Sumbava, Borneo y las Islas Filipinas. Los *malayos*, de color de ladrillo, pueblan las costas de la Malesia, desde la occidental de Sumatra hasta la oriental de las Filipinas; además los archipiélagos de Salomon, la Luisiada, la Nueva Bretaña y la Nueva Irlanda; y por último los *habitantes de la Australia*, aun mal conocidos (4). Además de estas poblaciones, parece que los negros fueron los primeros que habitaron la Oceanía; y diferentes tribus diseminadas en la Nueva Guinea, en el continente de la Australia, en las montañas de Malaca y Filipinas, restos acaso de los primitivos habitantes, hablan dialectos enteramente diferentes e informes, que no se podrían estudiar ni unir a otros con precisión.

Las leyes etnográficas mandan, así como las de la geografía, unir a esta quinta parte del mundo marítimo gran número de islas que se asignaron en otro tiempo á Asia; pero aun aprobando esta nueva distribución, hemos debido atenemos á lo que nos indicaba la razón de los tiempos y de las tradiciones. Sin embargo, después de haber hablado en otra parte de las islas, contadas en otro tiempo en las Indias occidentales, nos queda que ocuparnos aquí de las que se encuentran más cercanas á la Australia.

Algunas están aisladas, otras en grupos; las hay que no presentan más que rocas desnudas; otras varias, como Borneo, Celebes, Java, Sumatra, Madagascar y la Nueva Guinea, además de la Australia, son las mayores que existen en el mundo. Las innumerables pequeñas islas á las cuales se les ha dado el nombre de Micronesia, y que se distinguen en Marianas y Carolinas, están esparcidas por un estenso océano: los pólipos, agentes muy activos de la naturaleza orgánica, forman á cada instante otras nuevas, que están aun deshabitadas.

Islas Carolinas.—El doctor Chamisso, y después de él Duperrey y d'Urville, como también los rusos Lütke y Martens, fueron los primeros que dieron alguna luz, aunque incierta todavía, sobre el gran archipiélago de las Carolinas. Este nombre se les dió en honor á Carlos II por Laezyano, viajero español, que fué el primero que vió una en 1668; los que llegaron después de él encontraron otras, á las cuales estendieron esta denomina-

(4) Esta es la clasificación dada por el capitán LA-FOND en el *Boletín de la Sociedad Geográfica*, Marzo, 1836.

ción con la misma idea. Al momento los misioneros acudieron de Manila, como ya hemos dicho, y dieron la descripción de ellas; pero sus esfuerzos para verificar conversiones obtuvieron poco resultado. Estas islas permanecieron después olvidadas hasta el momento en que *el Antilope*, barco de la compañía inglesa mandado por Enrique Wilson (1793), se estrelló contra las rocas de las islas Pelew. Cuando pasó la noche con la tempestad que había arrojado allí aquel barco, los naufragos vieron la tierra, y pasando á los botes y á balsas construidas, apresuradamente saltaron en ella. Era una isla desierta, dependiente del rey de Pelew, que al momento envió á su socorro. Establecieron relaciones de amistad entre unos y otros, en medio de la admiración recíproca que se causaban. Los europeos ayudan á aquel rey, llamado Abbatule, contra sus enemigos; en fin, construyeron un barco en el cual marcharon Li-Bu, hijo del rey, quiso seguirlos, y se hizo instruir en Londres, donde esperiméntó la sorpresa de costumbre del que ve por primera vez una civilización á la cual no está acostumbrado desde la infancia; pero murió de viruelas.

El naufragio del *Mentor*, barco americano, hizo conocer las islas Martz, Chiangle, Lord-North y los Mártires. Martens, Morrel y d'Urville nos hablan de las Carolinas, países encantadores por su clima y su hermosa, industriosa y valiente población, llena de delicadas consideraciones con respecto á las mujeres, y estraña á las costumbres lascivas que parecen generales en el océano Pacífico. Los tejidos fabricados en aquellas islas son notables por su finura. Los muertos los arrojan al mar.

Sería curioso, pero demasiado largo, referir las estrañas aventuras por las cuales tan pronto un barco perdido, como un ballenero ó un naufrago, produjeron el descubrimiento del país que se había escapado á las atentas indagaciones de expediciones combinadas. Así fué como en 1785, habiendo echado el ancla el capitán de un barco de la compañía de las Indias en el puerto de Penang, para hacer aguada, fué visto por la hija del rey, que, enamorándose de él, rogó á su padre se lo diese por esposo. Logró lo que quería; la isla fué su dote, y el feliz marino la vendió en treinta mil libras esterlinas á la compañía de las Indias, la que le dió el nombre de Príncipe de Gales, y la convirtió en depósito principal para el comercio del opio. Bateman encontró, yendo de la Tierra de Van-Diemen al puerto de Philips, conocimientos propios de los pueblos civilizados entre los habitantes del país: se le reveló la causa cuando encontró á un blanco que, abandonado allí en 1803, había vivido cerca de cuarenta años con los indígenas, á quienes había enseñado lo que sabía de las artes de Europa.

Nueva Holanda.—La grande isla ó continente de la Nueva Holanda, llamada también Australia, iguala poco más ó menos en estension á las dos terceras partes de Europa; su contorno se asemeja

al de Africa: así como el Africa, se prolonga hácia el Sur, se abonda como ella al Sudoeste, y se desarrolla estensamente en la parte media. Se ofrece á las miradas estéril y monotonía, con habitantes de tez negruzca, débiles y salvajes, con animales y plantas que parecen contradecir las ideas y las clasificaciones recibidas. Árboles gigantescos se elevan allí en una arena árida; las ortigas y el helecho crecen al igual de nuestras encinas, pero un follaje blancuzco y áspero entristece la vista en lugar del risueño verdor de nuestras selvas. Encuétranse eucaliptos, árboles de la goma con las hojas dispuestas verticalmente, acacias sin hojas y siempre de color verde oliva, sea primavera, sea otoño. Los frutos, que en otras partes proporcionan alimento al hombre, faltan allí, y los animales que corren por la tierra son muy raros, al paso que abundan las aves y las conchas de gran belleza y valor. El perro es el único que está domesticado; un volcán arroja llamas pero no lava. El cisne es negro; otro animal (*el ornitorinco*) participa juntamente del cuadrúpedo, del reptil, del pescado y del ave, y con muy pocas escepciones, todos los animales son de dos estómagos, lo cual determinó á Cuvier á formar un grupo distinto (*los marsupiales*). Grandes rios se precipitan desde las montañas; pero se pierden ó se reducen á un hilo de agua antes de llegar al mar. Las montañas no tienen valles, y una raza degenerada, apenas digna del nombre de hombres, vive bajo aquel hermoso clima. Seres deformes y débiles de cuerpo, que ignoran las artes y la propiedad particular, pero que se entregan en cambio á toscas supersticiones, y hasta á crueles ritos. Cortan á las mujeres dos falanges del dedo pequeño, los hombres se hacen en el cuerpo dibujos de relieve, entierran al niño de pecho con su madre, y se desuellan la nariz en señal de duelo.

La cadena de montañas, llamadas Montañas Azules, que se estiende en derredor de las comarcas anteriores, no ofrece, aunque poco elevada, valles accesibles. El cirujano Bass, que se aventuró á pasarla y se adelantó bastante lejos, agarrándose á las rocas y metiéndose por los precipicios, se vió precisado á declararlas impracticables, como lo creían también los naturales. Solo en 1813 se encontró un paso hácia el Oeste, que permitió penetrar por un camino que serpenteaba en una vasta llanura propia para la agricultura y la caza, y donde á veces las crecidas de los rios apenas dejaban á las alturas en seco: allí se fundó la ciudad de Bathurst. Continuando Oxley explorando el país, encontró el río Maquaire, que se pierde en los pantanos del interior, contra la esperanza que tenía de verle desembocar en el Océano. El mismo Sturt y otros después de él, señalaron hermosas comarcas poco distantes de las costas, que ofrecían probabilidades incitantes á las especulaciones agrícolas; y por últimos, Leichart hizo en marzo de 1846, muchos descubrimientos en el interior, en donde encontró prados y llanuras muy adecuadas para el

cultivo del algodón y del arroz, y para el pasto de bueyes y caballos.

Polinesia.—Las islas de la Polinesia están esparcidas á distancias más considerables que las de la Micronesia; son, no obstante, pequeñas, excepto la Nueva Zelanda y algunas otras, como Taití. Aunque están situadas entre los trópicos, el calor es templado por los vientos: así es, que la primavera es continua y se producen flores y magníficos frutos. El nuevo zelandés se halla en aquel estado en que los sentimientos elevados no moderan las pasiones y los sentidos: inferior al europeo, pero superior por su inteligencia á otros pueblos civilizados, se ve dominado por la religión y por la superstición, á las que no acompaña, sin embargo, la conciencia de sus actos: las leyes que arreglan su conducta se fundan en su interés, y vano y orgulloso, finalmente, es exagerado en sus dichos, siente muy poco los afectos naturales y se desprende inconsideradamente de la vida (5).

Hay alguna duda sobre la manera con que han sido pobladas: unos lo remontan á los fenicios, otros quieren que sus habitantes descendan de los japoneses; éstos creen que son procedentes de Java; aquellos los tienen por éstos de un gran continente sumergido. La unidad de su origen, además de la de la lengua, se encuentra demostrada, como ya hemos dicho, por ciertas costumbres generales, estrañas á las necesidades naturales, y por una conformidad de culto que se encuentra por doquiera en estas islas. Algunos las hacen derivar de los dayaks de Borneo, á los cuales se asemejan por su tez pálida y amarillenta, por el aspecto del cuerpo, la cabellera larga y negra, las costumbres, el gobierno y el ayuno forzado del tabu, aunque la raza se haya alterado por diferentes mezclas. Los navegantes del siglo XVIII supusieron que la emigración á aquellas islas había seguido, como ellos, la dirección de Occidente á Oriente, y atribuyeron su civilización á los malayos, que tienen en el día tanta importancia en aquel archipiélago. En la actualidad se cree que la civilización no ha podido ir allí sino de Levante y de los polinesios. Esta opinión emitida igualmente por Urville, por el misionero Ellis y el cónsul Moerenhout (6), está fundada sobre la homogeneidad de los caracteres típicos, así como también sobre la dirección de los vientos y de las corrientes. El centro de donde emanara la civilización polinesica, si no se la quiere considerar como espontánea y original, es todavía desconocido, y acaso fuera una tierra que haya desaparecido por completo.

El sistema religioso de los naturales es muy oscuro. Moerenhout es el único que ha dado alguna

(5) Nota de M. Martin á la Asociación británica para el progreso de las Ciencias, 1845.

(6) D'URVILLE, *Viajes*.
ELLIS, *Indagaciones sobre la Polinesia*.
MOERENHOUT, *Viaje á las islas del Gran Océano*.

luz sobre él, y hecho conocer ideas cosmogónicas muy singulares. Creen en un Dios supremo, creador de todas las cosas, de quien han emanado varios dioses y héroes que forman una teogonia de un gran desarrollo poético, y extendida desde un extremo á otro de la Polinesia. Varios ritos se refieren al culto del sol, que en aquella lengua se llama Rá, como en el idioma egipcio. Existen además entre los egipcios y los polinesios otras semejanzas, tanto en las costumbres como en los ritos.

El Tabú.—El tabú es la más notable de sus creencias religiosas. Cuando un hombre se hace tabú, es sagrado é inviolable: él solo puede, sin cometer pecado, echar mano de todo, comer puercos, tortugas, dorados, y otros manjares privilegiados, y todo lo que él toque no puede ya servir para los usos ordinarios, debiendo reservarse para funciones elevadas. En otras provincias, por el contrario, el tabú es una excomunión, una maldición, y los jefes de las tribus y en general todo superior, puede imponerla al inferior como castigo, siendo desde este momento prohibido al que la sufre hasta el alimentarse por sí propio. ¡Qué instrumento tan eficaz de poder es éste en mano de los poderosos! Estos, en efecto, si temen que perezca una especie de animales, si quieren hacer solos el tráfico con una nave europea, si se proponen guardar sus posesiones ó castigar á un enemigo, hacen inmediatamente la declaración de tabú: igualmente declara tabú su casa, campos y nave el que se cree sujeto á las iras de la divinidad, sin que vuelva á hacer uso de aquellas, y hay algunos actos que llevan consigo el tabú, como el cortarse los cabellos, el tocar á los muertos, el pasar inclinándose por debajo de animales vivos ó muertos, y otros muchísimos, de modo que la divinidad interviene continuamente en la vida de los australes. El tabú se observaba más rigurosamente en Taiti: en esta isla el fuego de los hombres y todos sus utensilios eran tabú para las mujeres, y los sacerdotes, como tabú, podían hacer uso de todo género de efectos y manjares.

Parece que á la raza primitiva se agregaron otras, que con diferentes derechos produjeron la diversidad de castas. Generalmente preside aquellas sociedades un rey, del cual dependen otros jefes, que son á su vez señores de sus subordinados. Su religión varia, pero todos creen en la divinidad y muchos en la trinidad, en la vida futura y en la expiación, teniendo sobre la cosmogonia ideas caprichosas en extremo. Algunos dan gracias al cielo ofreciendo las primicias: los más aplacan sus iras con sacrificios hasta de víctimas humanas, que destrozan en abundancia sobre las gradas de sus *morais*, enormes pilastras naturales, al rededor de las cuales se congregan como los druidas de las Galias, y celebraban sus victorias comiéndose á sus enemigos. En la Nueva Zelanda se hacen sacrificios de hombres al genio del mal: cuando la familia es muy numerosa, la madre oprime con sus dedos el cráneo del recién nacido

hasta que le hace morir, encuentran muy natural el devorarse, porque también lo hacen los peces y otros animales, y se comen con más gusto aun á sus enemigos, porque suponen que al destrozar su cuerpo, destrozan también su alma, que vienen á ser entonces aumento de la suya. Estos efectos de la superstición son tanto más extraños, cuanto que los polinesios son pacíficos y humanos, si bien en las grandes carestias se comen á sus padres, á sus madres y á sus mismos hijos.

Las piraguas, embarcaciones de uso general entre los bárbaros, son en estas regiones de gran perfección, pues las construyen dobles y las dirigen con el timón y con una rosa de los vientos (y esto es muy notable) dividida del mismo modo que la dividieron los griegos después de Alejandro, y los romanos hasta los tiempos del emperador Claudio. Los polinesios saben tejer las cortezas de los árboles y especialmente su excelente cáñamo, como también preparar bebidas espirituosas, y punzarse el cuerpo formando dibujos de muy buen gusto. En sus danzas reina lo mismo que entre otros pueblos una idea religiosa.

En el archipiélago de las islas Agnai ó Sandwich, las costumbres eran apacibles, aunque no dejan de ofrecer algún contraste de fiereza. El alimento es frugal: las mujeres reciben caricias, su trabajo es prudente, y es suyo también el cuidado de darse á los placeres sin respeto alguno á la honestidad. Los naturales son feroces en sus guerras, hospitalarios en sumo grado, y muy diestros en la navegación y en la pesca: tienen afición suma al canto, al baile y á las representaciones escénicas, y son, por último, muy dados al robo con la inclinación casi del instinto. Guardaban hácia los muertos las mayores atenciones, dando muestras de su aflicción con ayunos y mortificaciones, y honrándolos con fúnebres salmodias. Una mujer de Chiai Mocai, gobernador de Mavi, repetía el siguiente canto: «Muerto es ya mi señor, muerto es mi amigo, mi amigo en la estación del hambre; mi amigo en la estación de la sequía; mi amigo en mi pobreza; mi amigo en la lluvia y en el viento; mi amigo en el sol y en sus ardores; mi amigo en el frío de la montaña; mi amigo en la tempestad y en la calma, mi amigo en los ocho mares. ¡Ay de mí! ¡ay de mí! Mi amigo ha marchado, ya no volverá más» (ELIS). Igualmente celebraban con canciones todas las demás solemnidades de la vida.

Al arribo de Cook, todas las islas tenían su caudillo, y muchos príncipes subalternos ó arios (7), siendo el mayor de todos el rey de Anai, «Rono-Acuá (dice una de sus canciones) habitaba en los tiempos antiguos con su mujer en Chere-Ara-Che-ma, y Caichi-Rani-Ara-Opuna se llamaba la diosa,

(7) El lector recordará los arios, que encontramos en la más remota historia del mundo, y que se convirtieron después en los héroes de los pueblos clásicos.

que era todo su amor. Una escarpada roca les servía de albergue.

»Presentóse un hombre en la cima de aquella roca, y desde allí habló á la esposa de Rono: ¡O! Caichi-Rani-Ara-Opuna! quien te ama te saluda. Dignate mirarle; desecha de una vez á tu esposo; que quien te habla siempre te será fiel.

»Rono habia oido estas artificiosas palabras, y en su furor mató á su mujer.

»Lleno de dolor por tal crueldad, llevó á un *morai* su cuerpo exánime, y allí la lloró por mucho tiempo: después se apoderó de él la locura, y corrió á Vai, provocando á batalla á cuantos encontraba.

»El pueblo admirado exclamaba: ¿Está loco Rono? y Rono respondía: Sí, está loco por su culpa, por causa de su grande amor.

»Habiéndose ordenado juegos para celebrar la muerte de la mujer querida, Rono se embarcó en una piragua de tres puntas, dirigiéndose á lejanos países; pero antes de partir profetizó diciendo: Llegará día en que vuelva sobre una isla flotante, que conducirá perros, puercos y gallos.»

Hallábanse, pues, en continua expectación de su regreso, que recordaban con solemnidades todos los años, y por esto acogieron con alegría á Cook, creyéndole su desterrado rey, y le adoraron como á Dios, sin que él pudiera comprender la causa. Ofrecieronle, pues, sacrificios bajo la estatua de Rono, colmáronle á él y á su tripulación de donativos y presentes, y el rey Tarai Opu le rindió toda especie de homenajes, y quiso cambiar con él su nombre, lo cual es entre ellos la mayor demostración de aprecio, si bien es cierto que se maravilló al verle cargar en sus buques tan gran porción de efectos, exclamando: Este viene de un país en que debe morir de hambre, y si prolonga mucho aquí su estancia, concluirá por traer al mio la miseria.

Tame-Tame-Hah, segundo hijo de aquel rey, supo apartar las dificultades que para subir al trono se le oponían, y llegado á él se dedicó á civilizar el país. Procurábase hierro y armas de fuego de las naves europeas que allí se dirigían para hacer las necesarias provisiones: retuvo consigo algunos prisioneros americanos que le enseñaron nuestras artes, y procuró sustituir con la persuasión la violencia, intimar sus relaciones con los europeos, y aprovecharse de los consejos de los viajeros que en su tiempo llegaron á la isla. Van-couver principalmente, trató de que se sustituyeran con tratados las guerras con que Tame sojuzgaba á sus vecinos; pero éste aspiraba al mando de que se sentía capaz, y al frente de 16,000 hombres armados á la europea, los tuvo á todos á raya, y pensó hacerse el Alejandro y el Napoleon de la Polinesia, civilizando su reino. A él acudieron multitud de europeos que levantaron fortificaciones y fábricas: introdujéronse también en él diferentes artes y oficios, y el cultivo de plantas exóticas, y no hubo país alguno que tan rápidamente

prosperase como el de Anai en los 30 años que le gobernó Tame-Tame-Hah, que fiero en la adquisición de la autoridad real, supo después ejercerla de un modo, que sus súbditos le amaban como á un padre ó un dios. Por esto cuando murió el 8 de mayo de 1819 fué universalmente llorado: hombres y mujeres se mesaban los cabellos, arrojándose por el suelo y destrozándose el rostro: quién se hacía arrancar los dientes, quién agujereándose la piel escribía en ella el infausto suceso, y hubo algunos que pusieron fuego á sus casas y efectos, no apartándose nadie en tres días de las inmediaciones del palacio.

Rio-Rio, su hijo, aunque amigo de progreso, carecía de la fuerza y actividad necesarias para darle impulso, de donde nacieron disgustos y conmociones, hasta que saliendo de su apatía, puso nuevamente el reino en orden, quiso ser el Numa del país, cuyo Rómulo fuera su padre, y substituyó el cristianismo á la idolatría. El obstáculo mayor para esto era la inviolabilidad del tabú, pero habiendo traído á su partido á Oa-Lani, jefe del culto, nombrado por Tame, y de concierto con él, dispuso una fiesta á la que concurrieron en tropel los habitantes, deseosos de participar del banquete que se celebraba al rededor de la regia morada. Habíanse colocado en él con la debida separación los lechos para los hombres y las mujeres; pero llegando el rey, tomó algunos manjares de los prohibidos á éstas, y pasando á sentarse entre ellas, principió á comerlos. Horrorizada la multitud, exclamaba: Tabú, tabú: huyen también los sacerdotes, esparciendo la alarma por tal sacrilegio; pero al mismo tiempo preguntan según estaba convenido: ¿por qué causa no se vengán los dioses ultrajados? ¿por qué si éstos toleran semejante acción, han de castigarla los hombres? Proclaman, pues, por ineptos y falsos á estos dioses: aconsejan que debe abandonarse una costumbre absurda, bárbara é incómoda, y la multitud que los escuchaba se adhirió á sus opiniones.

Rio-Rio, á persuasión de los misioneros ingleses, vino á Lóndres en donde murió con su mujer (1824), y entonces se disputaron muchos la corona, hasta que la obtuvo Can-Ce-Uti, hermano de aquel á quien habia educado un misionero americano. Continuamente, sin embargo, se oyen lamentos y quejas contra la rigidez puritana de los misioneros ingleses, que habiendo logrado excluir á los católicos, pretenden establecer prácticas rigurosísimas, como también la observancia de los domingos, hasta el punto de prohibir que se pasee y hasta que se encienda fuego para preparar la comida, lo cual no obsta para verles con frecuencia uciendo á los isleños, para que arrastren los carrajes de sus mujeres (8).

(8) Juan Dumnor Lang, misionero en la Polinesia, escribía en 1839 á lord Durham: «El primer superior de las misiones de Nueva Zelanda fué expulsado por adúltero, el